

DISCURSO DEL ILMO. SR. D. PEDRO RODRÍGUEZ,
DECANO DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector, Excelentísimos Señores Arzobispo de Pamplona y Arzobispo Secretario General de la Congregación para la Educación Católica, Excelentísimo Señor Obispo de Namur, Ilustrísimos Señores, queridos colegas y amigos.

Sean mis palabras primeras unas palabras de saludo a los participantes en el Simposio, de bienvenida a todos y a todas como Decano de la Facultad de Teología. Es para mí un honor, una vez más, recibir —con ocasión de esta nueva edición del Simposio, ya tradicional, de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra— a esta ilustre concentración de teólogos, exegetas, patrólogos, historiadores, hombres y mujeres interesados en la investigación de la Palabra de Dios. Un Simposio, el de este año, dedicado a la profundización del tema Cristo y el Dios de los cristianos, como ha sido formalmente anunciado por el Magnífico Señor Rector. Un tema que ha sido fruto de una laboriosa elección, distribuido su análisis con arreglo a la estructura que se refleja en el Programa de trabajo, y muy meditado y muy preparado por todos Vds., especialmente por los ponentes, los más directamente implicados en el Simposio. A todos mi más cordial saludo y la fraternal acogida de nuestro Claustro Académico.

Este Simposio —que es el XVIII de la serie anual de nuestra Facultad— ha sido encomendado al Departamento de Teología Dogmática, dentro de la rotación de Departamentos que tenemos en la Facultad para la preparación de estos encuentros internacionales. El tema que el Departamento propuso se integraba perfectamente dentro de la reflexión que la Facultad está llevando a cabo, junto con toda la Iglesia, desde que el año 2000 se situó en lontananza. Esta reflexión a que me refiero no ha sido propiamente fruto de un acto de decisión o de gobierno en la Facultad, sino de la realidad de la vida y del diálogo teológico dentro de la Facultad, de la ósmosis entre la comunidad académica y las Iglesias locales, que ha impuesto, de hecho,

una concentración del trabajo de todos los Departamentos y de la docencia en la meditación del misterio de Dios revelado en Cristo. Se inscribe, pues, el tema de este Simposio en la profundización acerca del Misterio de Cristo y de la Trinidad con ocasión del milenio que llega, *tertio millennio adveniente*, por decirlo con las palabras que ha hecho ya célebres S. S. el Papa Juan Pablo II.

En efecto, la formulación final y la definitiva situación de los temas en el plan del Simposio, se centra en el Misterio de Cristo, que el Papa Juan Pablo II proponía para este primer año de la inmediata preparación al Gran Jubileo. Es ésta nuestra forma de irnos disponiendo a la gracia que Dios nos quiera dar con ocasión del tránsito de un milenio al otro.

Cristo y el Dios de los cristianos. Ésta es la formula que finalmente fue acuñada. Esta expresión nos dice algo profundo acerca de nuestra fe. No es Cristo, sin más, el Dios de los cristianos. Cristo, ciertamente, es Dios, como el Padre. Nunca lo proclamaremos bastante. Pero, precisamente por eso, el Dios de los cristianos es el Dios Trinitario, el Dios Unitrino, que se nos ha dado a conocer en Cristo. Y nosotros podemos confesarlo y proclamarlo sólo «en el Espíritu Santo», que es Dios como el Hijo y el Padre. El Comité del Simposio, al titularlo así, lo hacía con la intención, como dice el subtítulo del Simposio, de pasar revista a lo que es la teología actual, de llegar a una comprensión desde distintas vertientes, del poso y el mensaje que este siglo XX, que poco a poco nos va abandonando, deja en la teología que debe afrontar tantas nuevas —y viejas— tareas.

Pero ya que tengo esta ocasión de hablar ante el pleno del Simposio al comenzar sus trabajos, quisiera que me permitieran una palabra, que mira no al pasado sino al futuro de la teología, pero que no es una palabra alternativa a los debates del Simposio que comienza, que va a hacer balance de la Teología de este siglo. Una palabra sobre lo que pienso que será —o tal vez es sólo sobre lo que deseo que sea— la teología hacia la que vamos. La palabra es ésta: la teología del futuro, para poder cumplir su función, tendrá que ser, de manera muy acusada, una teología doxológica. Esto es, a mi parecer, lo que emerge de las zonas más profundas del vivir y sentir en la Iglesia y en el mundo de hoy.

La Teología que se asoma al tercer milenio siente, ciertamente, una gran necesidad de plantearse una nueva síntesis del *intellectus fidei*. Necesitamos una Teología que, capitalizando los resultados de la división sistemática de las especialidades teológicas a lo largo del fecundo trabajo de ese siglo, por no decir de este milenio, que está en fase de acabar; capitalizando, digo, no despreciando, sino todo lo

contrario, la riqueza de investigación sectorial, necesitamos una Teología que llegue a una síntesis de todas esas adquisiciones. Se ha dicho una vez y otra que esa síntesis no puede ser ya obra de una sola persona, al estilo de los grandes de la antigüedad, de un Agustín o de un Tomás de Aquino. Pero tampoco se trata de una síntesis en el sentido de una obra o un libro —aunque sea el trabajo de muchos— que «sintetice» todo el saber. Se trata más bien de una forma de *intellectus*, de una actitud teológica, del modo de darse en el estudioso de la teología el «habitus» teológico; en cierto sentido de un redescubrimiento de la impronta o la huella de la teología auténtica en el teólogo, una huella que unifica en el sujeto la multiplicidad de los conocimientos científicos. Esa actitud, ese hábito, esa huella o esa impronta, que todo lo reduce a unidad y lleva a comprender —vitalmente antes que cuantitativamente— el carácter «átomo» de la teología, como subrayaba Tomás de Aquino, es el radical *teocentrismo* del trabajo teológico, que no es sólo intelectual sino abarcante del hombre entero.

Precisamente por eso, la síntesis teológica del futuro la veo, ante todo, en la recuperación del carácter *doxológico* de la teología. Si se cultiva en el *intellectus fidei* esta su nativa dimensión doxológica y adorante, ya se está forjando la «síntesis» en el alma del estudioso de la teología —sea profesor, sea alumno o ex-alumno—, aunque cultive aspectos parciales o sectoriales del saber teológico. Y esa síntesis doxológica situará a los estudiosos en un clima de colaboración y de diálogo, les llevará a «reconocerse» y les empujará a una verdadera interdisciplinaridad de las disciplinas teológicas, que se abra a su vez a las otras disciplinas, que no son ya las propias e inmediatas de nuestra ciencia. Por muchos que sean los departamentos y las especializaciones, la Teología recuperará esa fraternal comunidad de investigación y de docencia y logrará de nuevo una capacidad fuerte de proyección en la cultura, precisamente si se atreve —la Teología— a poner en cabeza de su trabajo el sentido doxológico de la fe.

Es decir, de una vez por todas, tendríamos que darnos cuenta los teólogos de que nuestra tarea es, ante todo y al final de todo, una tarea de alabanza a Dios y de contemplación extasiada de Dios, del Dios de los cristianos: de ese Padre eterno cuyo rostro se ha hecho visible en el rostro de Cristo, y de ese Cristo en cuyo rostro nosotros vemos al Dios de los cristianos.

Pero hay una fundamental consecuencia de este carácter doxológico de la teología. El teólogo alemán Karl Rahner, que ha tenido una presencia tan notable en la teología de la segunda mitad de este siglo, dijo en una ocasión que, a su manera de ver, el más fuerte legado del

Concilio Vaticano II a los tiempos futuros era el haber proclamado solemnemente la llamada universal a la santidad de los cristianos. Es, sin duda, una observación certera, que está en íntima relación con el sentido doxológico de la teología. Primero, porque en la aventura teológica sólo podemos adentrarnos desde la pasión por el encuentro y la unión con Dios, y no otra cosa es la santidad. Pero, sobre todo, porque al proclamar el Concilio precisamente que eso es para todos los cristianos, ha puesto de manifiesto que la teología está al servicio de esa gratuita capacidad de cada cristiano para el encuentro amoroso con el Señor. Un servicio, pues, el de la teología, al hombre cristiano y al mundo. El sentido *doxológico* de la teología se hace así inseparable, más todavía, generador de su dimensión *kerigmática*, o si queremos misionera, apostólica, de servicio al hombre cristiano, al hombre sea quien sea, al mundo.

Dicho de otra manera: la alabanza a Dios que se avizora como centro de todo el quehacer teológico es imposible, es inauténtica, sin el amor al hermano; amor que, en la perspectiva propia de la teología, consiste en entregarle —de manera cultural y tematizada— el tesoro del Padre que nos ha sido manifestado en Cristo y que hoy es vital en la Iglesia por la acción del Espíritu Santo.

Por eso la palabra sencilla y profunda de los santos, la palabra y el gesto de las mujeres y de los hombres cristianos que han penetrado en la realidad de la relación con Dios cobra, en el momento actual, un sentido especialmente significativo para una renovación de la teología. Una relectura de sus vidas y de sus testimonios en clave «eclesiológica» es, en efecto, fundamental para que la Teología lleve adelante su camino. Desde el punto de vista ecuménico, esta recuperación del sentido de la santidad como fuente de la Teología y de la doxología del trabajo teológico es vital, por ejemplo, en el diálogo con la Iglesia Ortodoxa y en general con las Iglesias Orientales.

Permítanme una alusión a mi historia personal, pero que no me desvíe sino que ilustre lo que vengo diciendo. Yo he tenido la fortuna y a la vez la gran responsabilidad —como algunos otros de los que están aquí— de haber convivido intensamente en los años de mi formación teológica con el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador de esta Universidad. Tengo experiencia imborrable no sólo de su testimonio incitante a la santidad, es decir, a la entrega sin condiciones al Dios de Jesucristo, sino de la incitación que ese testimonio constituía para el *intellectus fidei*, especialmente en determinados campos de la existencia cristiana. Su vida y su palabra se movían siempre en un ámbito teológico. He hablado antes de «síntesis». Aquí traigo, por asociación semántica, una nota tomada, durante un en-

cuentro informal, en aquellos años romanos antes aludidos. Ya la di a conocer en un escrito a raíz de su muerte. Dice así:

«Yo ya voy siendo viejo, y los viejos vamos dejando como accidentales cosas que antes, de jóvenes, parecían muy importantes. Yo me voy quedando con lo esencial, voy llegando a una síntesis. Y esa síntesis es: en lo humano, *omnia in bonum*; y, en lo sobrenatural, hablar con el Padre, hablar con el Hijo, hablar con el Espíritu Santo. Lo demás no tiene importancia»¹.

Es todo un horizonte de síntesis doxológica para la teología. Leo para ustedes este otro pasaje, no basado en mi testimonio personal, sino tomado de una de sus obras publicadas, una homilía sobre la Eucaristía y la Trinidad. También lo traigo aquí por tener como tema el «Dios de los cristianos», el Dios que se «abaja» en Cristo. Acoto los núcleos que me interesan:

«El Dios de nuestra fe —decía— no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia Él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones [...].

La Trinidad —continúa— se ha enamorado del hombre [...], lo ha redimido del pecado [...] y desea vivamente morar en el alma nuestra: *el que me ama observará mi doctrina y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos mansión dentro de él*. Esta corriente trinitaria de amor por los hombres —así acaba el pasaje que me interesa— se perpetúa de manera sublime en la Eucaristía»².

Aquí tenemos de nuevo la tensión entre Teología y Economía cuya dinámica es la doxología, que es el sentido fecundo del proyecto teológico que deberíamos llevar adelante. Una teología que, precisamente porque es alabanza de Dios desde la grandeza recuperada del hombre, es proclamación ante los hombres de la grandeza y del amor del Dios que se revela en Cristo; una teología que se concibe, toda ella, como tirón del hombre hacia el Dios Trinitario. El testimonio de los santos siempre es llamada al sentido doxológico de la teología.

1. «Scripta Theologica» 7 (1975) 449-478. El texto fue reeditado después en AA.VV., *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, EUNSA, Pamplona 1994, pp. 23-56.

2. *Es Cristo que pasa*, 84.

La universal llamada a la santidad, proclamada por el Concilio, remite de la manera más directa a una profundización teológica en la procesión y en la misión del Espíritu Santo. La teología y la economía de la Tercera Persona Trinitaria es, en efecto, una de las grandes tareas de una teología doxológica y a ella ha querido el Santo Padre consagrar el segundo año de inmediata preparación al Gran Jubileo. Pero todavía estamos en este primer año de preparación y nuestra reflexión está concentrada en Cristo y el Dios de los cristianos.

Acabo, por fin. Ya he abusado demasiado de este turno propio del Decano. Espero ser mucho más moderado en mis intervenciones en los diálogos del Simposio. Al acabar, quiero agradecer de nuevo la presencia de todos ustedes, especialmente las del Señor Rector y de las autoridades académicas que nos honran con su presencia, de los Señores Arzobispos que han querido estar con nosotros de manera tan significativa: Mons. Fernando Sebastián, que nos acompaña habitualmente desde su autoridad episcopal y teológica en la Iglesia que camina en Navarra, y Mons. Saraiva Martins que, como Secretario de la Congregación para la Educación Católica, se encuentra también en su propia casa en una Universidad como la de Navarra. Nos disponemos a escucharles con atención suma.

Nada más. Deseo a todos que los trabajos del Simposio, que van a comenzar enseguida, sean fecundos y gozosos. A todos muchas gracias también por su atención.